

LECCIÓN 6.^a EL PROBLEMA ANTROPOLÓGICO (III)

De lo dicho en las dos lecciones precedentes puede fácilmente deducirse que dos conceptos antagónicos sobre la naturaleza del compuesto humano han conducido igualmente a dos conceptos antagónicos de la muerte: el concepto platónico y el concepto cristiano.

1. Sentido platónico de la muerte

El sentido platónico de la muerte (por desgracia, tantas veces confundido con el concepto cristiano) es un semillero de errores que es preciso desarraigar.

El principio fundamental del platonismo a este respecto es que la materia es mala y despreciable, y que sólo el espíritu importa. La única y auténtica personalidad es el núcleo interior del alma. El alma no forma un todo sustancial con el cuerpo, sino que está en él como un navegante en su barca, o como un preso en la cárcel.

Por consiguiente:

A) La muerte es tenida como cosa buena, ya que libera al alma de la «cárcel» del cuerpo, la saca del reino malvado de "fe materia y la transporta a sil verdadero hogar.

B) La muerte pierde así su terror, no en virtud de la sentencia que sobre ella ha decretado Dios, sino simplemente porque sirve a una mejor realización y afirmación de aquello que en el individuo es auténtico y perdurable.

C) La muerte, desde este punto de vista, ya no es tenida como «paga del pecado» (Rom. 6:23), sino, al contrario, rescate de la prisión. Lejos de ser algo horrendo, se convierte en cosa buena y hasta apetecible.

Este concepto explicaría el masoquismo español ante la muerte, a causa del contenido macabro, mortuorio, que encierran los arquetipos de nuestro inconsciente colectivo hispánico. Pero lo más trágico de tal actitud es que el pecado, único agujijón de la muerte, es relegado al olvido, o se le merma su importancia.

2. El sentido cristiano de la muerte

El mensaje evangélico invierte radicalmente los términos del sentido platónico de la muerte. En efecto, para el Nuevo Testamento:

A') La muerte es cosa horrenda, porque es el fruto del pecado. Es el «sacramento» del pecado, y ante ella, incluso Cristo sintió miedo y repugnancia en Getsemani.²⁰

B') Hay distinción entre cuerpo y alma, o mejor dicho, entre el hombre exterior y el hombre interior. Pero esta distinción no es una oposición, como sí el ser interior fuera naturalmente bueno, y el exterior fuera necesariamente malo. Ambos, esencialmente, son complementarios el uno del otro, y ambos han sido creados buenos por Dios. Por otra parte, el pecado afecta a ambos también, y no sólo a uno de ellos.

C') La muerte fue vencida, no porque Dios sentenciara a la materia, sino al pecado.

«La diferencia con el alma griega —escribe Cullmann— es fundamental; ésta alcanza, precisamente sin el cuerpo ; y solamente sin él, su pleno desarrollo. Nada parecido en la Biblia.»

D') El alma que permanece muerta aquí —que desoye la invitación evangélica a la fe y la regeneración (Jn. 1:12, 13)— se hallará en la misma condición después de la muerte. La inmortalidad intrínseca de su alma — en el pensamiento helénico— no le sirve de nada, pues no hará más que perpetuar su estado de pecado y alejamiento de Dios.

De ahí que el Evangelio no ofrezca transportar, sino trans/ormar. No se trata de un salto geográfico (saltar desde aquí abajo hasta allá arriba), sino de un paso histórico: desde este siglo caduco, sujeto a frustración por el pecado, hasta «el siglo venidero»; es decir, se trata de pasar del ámbito de la muerte al de la vida, por el poder del Espíritu Santo (Ef. 1:13-23) y sobre la base de la obra realizada por Cristo.

El platonismo es estático. El Evangelio es dinámico, histórico; se inserta en medio de la historia de los hombres para escribir su propia historia de salvación, prueba y garantía de la intervención de Dios en su cuidado y amor hacia los hombres.

No obstante, la muerte ejerce todavía su poder. Los hombres mueren, incluso los cristianos. Y, por otro lado, la resurrección de los muertos, prometida por el Evangelio, pertenece al futuro. Esto nos lleva al tercer gran hecho que hemos de considerar: el hecho escatológico. Y también debemos entender de qué manera nos afecta ya ahora, aquí.

Notas:

20. O. Cullmann, o. c.